

siasmo, que siempre en la guerra contribuye á obtener la victoria. No faltó tampoco quien acusara nuevamente de cobardes á los americanos, y aun sus propios amigos dejaron de profesarles el mismo aprecio y consideracion, inclinándose á creer que los colonos no eran dignos de defender aquella libertad de que tanto se vanagloriaban. Pero debemos observar aquí que la victoria obtenida por los ingleses no desanimó al pueblo, sino que antes bien por el contrario le hizo persistir con mas resolucion en sostener la causa de la libertad aunque fuera á costa de la vida.

Ciertamente que la campaña empezada por Burgoyne dió en un principio muy buenos resultados, y si aquel general hubiera podido continuar adelante, es muy posible que el éxito hubiera coronado sus esfuerzos; pero aun quedaban por recorrer diez y seis millas de bosque, lo cual obligaba á Burgoyne á detenerse hasta que llegasen los bagajes, y esto dió tiempo al general Schuyler, jefe de las tropas americanas, para tomar las medidas mas oportunas á fin de contener el progreso del enemigo. En un momento se abrieron trincheras, se rompieron los puentes y se obstruyeron los caminos cubriéndolos con grandes troncos de árboles que con sus ramas presentaban una barrera insuperable. No contento con estas precauciones, dispuso Schuyler que se trasportara el ganado á los puntos mas distantes y que se llevaran al fuerte Eduardo todos los bagajes que habia en el fuerte Jorge, á fin de que nada cayese en poder del ejército británico. Hecho esto, dió asimismo orden para que todos los regimientos de tropas regulares que se hallasen en los Estados mas próximos se reuniesen á él inmediatamente, así como tambien la milicia de Nueva-Inglaterra y Nueva-York, incluso los reclutas que hubiera en el fuerte Eduardo y

en la ciudad de Albania. La gran influencia que ejercia Schuyler en los habitantes produjo en aquella ocasion muy buen resultado, y habiendo resuelto atacar con sus tropas el flanco izquierdo del enemigo para retardarle en su marcha, envió al coronel Warner con su regimiento al Estado de Vermont, encargándole que reuniese la milicia del pais, y emprendiera una escursion hácia la parte de Ticonderoga. En una palabra, Schuyler hizo buenamente todo lo que podia hacerse en semejantes circunstancias, y no seria exagerar si dijéramos en honor de aquel jefe, que las medidas que adoptó prepararon el camino para obtener la victoria que luego alcanzaron en Saratoga las armas americanas.

Washington, que así como el Congreso, suponía que las tropas de Schuyler eran superiores en número á las inglesas, se disgustó mucho al tener noticia de las derrotas sufridas por los americanos en el Norte; pero esperó á tener noticias exactas antes de juzgar la conducta de Saint Clair. Cuando este oficial se reunió con Schuyler, las fuerzas de ambos no escedian de cuatro mil cuatrocientos hombres, de los cuales la mitad eran individuos de la milicia, hallándose todos muy mal equipados y armados y no poco abatidos por sus recientes derrotas. Por esto fué muy poco generoso y hasta injusto el proponer la sustitucion de los oficiales del ejército del Norte; pues habiéndose abierto una informacion por orden del Congreso, declaróse intachable la conducta de Schuyler y sus oficiales, y aquel general, tan entendido militar como celoso patriota, permaneció en su puesto en el departamento mencionado (*).

(*) Al escribir Washington al general Schuyler, presagiábale que pronto habria un cambio en la marcha de los negocios y se espresaba en estos términos: «Aunque nuestros asuntos han tomado mal aspecto en estos últimos dias, espero que esto cambiará muy pronto, y confio en que el ejército del general Burgoyne sufrirá algun choque que con-

El comandante en jefe hizo cuanto le fué posible para enviar inmediatamente refuerzos al ejército de Schuyler así como tambien armas y municiones. Estas últimas se espidieron desde Massachusetts; y el general Lincoln, hombre de grande influencia en Nueva-Inglaterra, se puso en marcha acto continuo con objeto de alistar alguna milicia, seguido de Arnold, cuyo celo por la patria era el mas á propósito para escitar el entusiasmo de los que se hallaran en estado de empuñar las armas. El coronel Morgan, intrépido oficial de quien ya hemos hablado, recibió tambien orden de marchar con su caballería ligera y todas aquellas medidas, que se concibieron con prudencia y se ejecutaron con prontitud produjeron felizmente el mejor resultado, pues comenzó á reanimarse el abatido espíritu de los hijos de América y el ejército fué aumentando diariamente.

En este intervalo el general Burgoyne se ocupó activamente en abrir un paso desde el fuerte Anne al fuerte Eduardo, mas á pesar de los trabajos que se practicaban por todo el ejército adelantábase muy poco, tan formidables eran los obstáculos que tanto la naturaleza como el arte oponian á la terminacion de la obra. Además de verse en la precision de apartar los árboles caidos con que los americanos obstruyeron el paso, los ingleses tuvieron que construir nada menos que cuarenta puentes y componer otros muchos. En una palabra, el ejército británico

vierta en derrota sus primeras victorias. Segun vuestros informes, parece que sigue una linea de conducta la mas favorable para nosotros, cual es la de dividir sus fuerzas, cosa que pone en gran peligro su ejército ofreciéndonos la ocasion de atacarle con ventaja. Si pudiéramos conseguir encontrarnos con una de sus divisiones aunque no fuera mas que de quinientos ó seiscientos hombres y obtener sobre ellos la victoria, esto influiría provechosamente en el ánimo del pueblo, que olvidando sus pasadas desgracias, no vacilaria ya en empuñar las armas para prestarnos su poderoso auxilio.»

encontró tantos impedimentos para salvar aquel considerable espacio, que se juzgó imposible llegar á las orillas del Hudson, cerca del fuerte Eduardo, hasta el 30 de julio. Los americanos, bien porque no contasen con suficientes fuerzas para oponerse al enemigo, bien porque el fuerte Eduardo no era mas que una ruina difícil de defender, ó ya en fin porque temiesen que el coronel Saint Leger podria bajar despues de la toma del fuerte Stanwix por la orilla izquierda del Mohawk, á fin de cortarle la retirada, resolvieron retirarse á Stillwater donde se atrincheraron nuevamente. Asimismo evacuaron el fuerte Jorge no sin quemar antes en el lago los botes que allí tenían y obstruir lo mas posible el camino que conducia al fuerte Eduardo (*). Burgoyne hubiera podido llegar mucho antes al fuerte Eduardo por el lago Jorge, pero juzgó mas conveniente perseguir á los fugitivos 1777. americanos á pesar de los obstáculos que presentaba el camino, en vez de hacer un movimiento retrógrado que podria desanimar á las tropas.

Al llegar al fuerte Eduardo el general Burgoyne vió que le era preciso detenerse de nuevo, pues muchos de sus carros que por haberse construido apresuradamente estaban ya inservibles, tuvieron que recomponerse, y solo habia llegado una tercera parte de los caballos que se compraron en el Canadá, no siendo posible echar mano de otros porque el general Schuyler se cuidó muy particularmente de trasportar todo el ganado que habia en aquella parte del pais. Los botes para cruzar el Hudson, las mu-

(*) El desinteresado patriotismo del general Schuyler se revela en la orden que dió á su esposa para que pegase fuego por su propia mano á sus ricos é inmensos campos de trigo, cuyo encargo hizo tambien á sus amigos, prefiriendo esto á que cayeran en poder del enemigo.

niciones, los bagajes, la artillería y todo en fin era preciso traerlo del lago Jorge, y aunque solo distaba éste nueve ó diez millas del fuerte Eduardo, tal era el estado de los caminos á causa de las grandes lluvias propias de la estación que parecía imposible se pudiera trasportar efecto alguno. El general Burgoyne había reunido unos cien bueyes, pero á veces hacía necesario emplear diez ó doce para conducir un solo bote, de tal modo que el día 15 de agosto solo se habían llevado al Hudson doce botes y provisiones para cuatro días. Las cosas empezaron á tomar mal aspecto, y como cuanto más se alejaba de los lagos, mayores eran las dificultades para obtener víveres, Burgoyne vió claramente que debía buscar en otra parte el alimento para su ejército.

El comandante inglés no ignoraba que los americanos tenían en Bennington, punto situado á veinte y cuatro millas del Hudson, considerables almacenes, mucho ganado y vehículos de varias clases, y convencido de que los Tories que allí hubiera le auxiliarían en sus esfuerzos á fin de obtener los víveres que tanto necesitaba, destacó al coronel Baum con una fuerza de seiscientos á ochocientos dragones de Reidesel, dándole orden para atacar á Bennington. Hé aquí las instrucciones que llevaba este jefe: «Tratar de conquistarse el afecto del país á fin de concertar los planes del enemigo y hacer todo lo posible para obtener una gran cantidad de ganado, caballos y carros.» Baum se puso en marcha el día 13 de agosto á la cabeza de aquella expedición, que debía ser tan desgraciada para él y que seguramente fué la que destruyó los planes y propósitos de Burgoyne.

Ya hemos dicho cuánta fué la consternación de algunos cuando el jefe inglés comenzó á marchar en triunfo á través del país, y

ahora añadiremos que como la alarma iba cundiendo, los Estados de Nueva-Inglaterra hicieron un vigoroso esfuerzo para rechazar el ataque del enemigo. Juan Langdon, comerciante de Portsmouth y orador de la Asamblea de New-Hampshire, reanimó los abatidos ánimos de sus compañeros haciéndoles comprender que era necesario defender las fronteras, y escitado por su ardiente patriotismo, dirigióles estas palabras: «Tengo tres mil duros en dinero efectivo y aun podré reunir otros tres mil; poseo sesenta barriles de ron que pueden ser vendidos á buen precio, y todo esto lo pongo á disposición del Estado. Si con ese auxilio conseguimos defender nuestras casas y familias, luego podrán remunerarme; pero sino, doy por bien perdidos mis bienes. Nuestro viejo amigo Stark, que tan noble y valerosamente sostuvo el honor de nuestro Estado en Bunker Hill, podrá encargarse de la empresa que tiene por objeto detener á Burgoyne en su marcha.» Este generoso hijo de New-Hampshire, resentido por cierta medida que tomara el Congreso algun tiempo antes, había renunciado á su cargo, pero en aquella ocasión el Estado aceptó gustoso sus servicios permitiéndole que obrara independientemente contra el enemigo, y Stark por su parte reunió bien pronto, merced á su popularidad, una numerosa milicia que se puso inmediatamente á sus órdenes.

Poco después marchó Stark á Manchester, población situada á veinte millas al Norte de Bennington, donde ya estaba apostado con sus tropas el coronel Warner. 1777. Stark encontró allí al general Lincoln enviado por Schuyler á fin de que se condujera á la milicia á la orilla oeste del Hudson, cosa á que Stark no quiso acceder y por lo cual el Congreso espidió contra él en 19 de agosto un voto de censura. Pero

Stark no sabía nada de esto, y como su conducta era evidentemente la más acertada, la victoria que obtuvo dos días antes de que se emitiera dicho voto, le colmó de satisfacción al saber que el comandante en jefe aprobaba su plan de hostilizar la retaguardia de los ingleses, asegurando que el triunfo conseguido en Bennington paralizaba todas las operaciones de Burgoyne.

Stark llegó á Bennington en el mismo día que emprendió la marcha Baum. Las tropas alemanas que al principio pudieron marchar regularmente, se vieron bien pronto detenidas por el mal estado de los caminos y la inclemencia del tiempo, y tan pronto como supo Stark que se aproximaban, despachó un espreso á Warner, encargándole se reuniera con él inmediatamente. Hecho esto y después de haber destacado al coronel Gregg para que vigilase los movimientos del enemigo, púsose en marcha con objeto de salir al encuentro de Baum, quien viendo que todo el país se levantaba contra él, hizo alto y se atrincheró en una fuerte posición más allá de Wollamsac River. Desde este punto envió un parte á Burgoyne manifestándole lo que ocurría, y entonces el general británico destacó acto continuo al teniente coronel Breyman con un considerable refuerzo para que auxiliase á Baum.

Durante todo el día 15 de agosto llovió de tal manera que no fué posible efectuar movimiento alguno (*); pero los ingleses y

(*) Es digna de referirse una anécdota que se relaciona con esta batalla. Con los refuerzos procedentes del condado de Berkshire, llegó un sacerdote acompañado de una porción de sus feligreses, resuelto á batirse contra los enemigos de su país, y al amanecer del 16 dirigió al jefe de las tropas las siguientes palabras: «Nosotros somos hijos del pueblo de Berkshire, y como, aunque llamados varias veces á pelear, nunca se nos ha conducido ante el enemigo, estamos resueltos á no ofrecerlos mas nuestra ayuda si no se nos deja combatir.» Entonces el general Stark le preguntó: «¿Deseáis marchar ahora, que está oscuro y llueve?»—«No,

alemanes continuaron trabajando en sus atrincheramientos, en los cuales montaron dos cañones. El día siguiente amaneció despejado: aprovechando las primeras horas de la mañana Stark destacó dos columnas para que destruyesen las trincheras enemigas, y al oír que se había roto el fuego, lanzóse él mismo á caballo seguido del resto de sus tropas. Al ver que las columnas de los ingleses se iban formando en la falda de la colina, exclamó Stark dirigiéndose á su gente: «¡Compañeros, allí teneis las casacas coloradas; hoy debemos vencer ó morir!» La milicia contestó á este llamamiento con un grito de entusiasmo y á poco empezó la batalla, que según dijo Stark en su parte oficial, duró dos horas y fué la más encarnizada que él había visto. Los indios huyeron desde el principio de la acción; los Tories se vieron rechazados hasta el otro lado del río, y aunque los alemanes se batieron valerosamente, vieronse al fin precisados á abandonar sus trincheras y huyeron dejando en el campo su artillería y bagajes.

En aquel momento acercábase Breyman con sus tropas, y al oír el fuego redobló el paso para ir en auxilio de sus compañeros. Si hubiera llegado una ó dos horas antes, es muy probable que hubiese sido otro el desenlace de la lucha, pero la lluvia y los caminos habían retrasado la marcha de Breyman, quien solo pudo ya reunir á los fugitivos y conducirlos de nuevo al lugar de la acción. Las tropas de Stark, que se ocupaban en apoderarse del botín, fueron sorprendidas de improviso, y acaso la victoria se hubiera convertido en una derrota si no acierta á

repuso el sacerdote.»—«Pues bien, continuó Stark, si vuelve á brillar el sol y no satisfago vuestro deseo, no os pediré que volvais otra vez.» El cielo se despejó al poco tiempo y los hombres de Berkshire tomaron parte en la acción con su intrépido jefe.

llegar en aquel crítico momento la columna del general Warner. La batalla continuó pues hasta el anochecer, hora en que dominados los alemanes por la superioridad del número, abandonaron el campo dispersándose en todas direcciones. El intrépido coronel Baum fué muerto en lo mas recio de la pelea, y los ingleses perdieron de ochocientos á novecientos hombres entre muertos y prisioneros. Las bajas de los americanos no escudieron de treinta muertos y cuarenta heridos.

Es muy digna de elogio, segun dice Mr. Everett, la conducta de los que ganaron la batalla de Bennington, tanto de los oficiales como de los subalternos, quienes á pesar de pertenecer á la milicia, ofrecieron un ejemplo admirable de su valor, haciendo cuanto pudiera esperarse de tropas veteranas y aguerridas. La intrepidez y resolucion con que se defendieron las líneas de Bunker Hill, donde solo habia reclutas que tenian que luchar con soldados aguerridos, es un hecho digno de admiracion; pero no lo es menos que en Bennington se lanzaron al ataque con la mayor intrepidez desafiando las balas enemigas los hombres de New-Hampshire, Vermont y Massachusetts, muchos de los cuales acababan de dejar el arado y no habian visto en su vida un campo de batalla.

Afortunadamente para el éxito de esta, Stark fué eficazmente secundado por los oficiales que estaban á sus órdenes, y se cumplieron con la mayor exactitud cuantas disposiciones tomara antes de la accion. El general manifestaba en su parte que los coroneles Warner y Herriek se habian hecho acreedores á sus elogios y que estaba muy satisfecho de los servicios que le prestaran durante la batalla. Es indudable que los americanos se batieron en aquella ocasion

con una destreza y valor dignos de cualquier ejército de Europa, y á no ser por la falta de disciplina, fácil le hubiera sido al general contener el afan con que su gente trataba de apoderarse del botin despues de obtenida la victoria. Sin embargo, el hecho de haber vuelto á reunir sus tropas para salir al encuentro de los refuerzos que llegaban y vencer por segunda vez al enemigo, revela por sí solo conocimientos y recursos que no siempre se tienen en el arte de la guerra.

En una palabra, seria muy injusto no reconocer el mérito de un hombre que en aquella ocasion convirtió á hombres del pueblo en buenos oficiales y soldados infundiéndoles valor en la pelea. Su popularidad fué suficiente para reunir á la milicia, y á su resolucion debió obtener un mando independiente, que por fortuna produjo los mas felices resultados. Merced á su energia, no se dejó influir por el general Lincoln, que le mandaba dirigirse con sus tropas al Hudson, y á fe que son bien pocos los hombres que en aquella ocasion tan crítica no hubieran preferido reunirse con el grueso de las fuerzas para no contraer particularmente una grave responsabilidad. Habiendo resuelto obrar por sí solo, llevó á cabo su mision con la firmeza de un hombre resuelto á cumplir con su deber; envió una corta fuerza para vigilar los movimientos del enemigo, avanzó luego á su encuentro, escogió con el mayor acierto una buena posicion y dirigió al fin la batalla como el mas consumado general.

Las consecuencias de esta victoria fueron de la mayor importancia, pues se reanimó el abatido espíritu del pueblo, escitándole á batirse con sus enemigos, y se confirmaron tambien los pronósticos de Washington de que ya hemos hablado anteriormente. Los planes de Burgoyne quedaron frustrados, y en vez de pensar ya en hacer

escursiones para alarmar á los habitantes y obtener víveres, vióse precisado á variar de táctica, en tanto que la milicia acudia presurosa á ponerse bajo las órdenes de Gates. De este modo bien pronto se vió en peligro la retaguardia del general inglés, y Stark, resuelto á llevar á cabo su plan, tomó sus disposiciones á fin de situarse de modo que pudiera cercar á Burgoyne, lo cual sucedió en efecto poco despues.

La derrota de Bennington no fué sin embargo el último descalabro que sufrieron los ingleses. Ya hemos dicho anteriormente que Burgoyne habia destacado al coronel Saint Leger con un cuerpo de tropas regulares, compuesto de canadenses realistas é indios para que marchando por el Oswego recorriesen la parte superior del rio Mohawk y fueran á reunirse con él en Albania. El dia 2 de agosto, Saint Leger se aproximó al fuerte Stanwix, situado en una eminencia cerca de la corriente del rio, y cuya guarnicion se componia de unos seiscientos hombres á las órdenes del coronel Gansewoort.

Al dia siguiente Saint Leger rodeó **1777.** la plaza con un cuerpo de ejército de mil seiscientos á mil setecientos hombres, la mitad de los cuales eran indios y los demás ingleses, alemanes y canadenses, mas al intimar la rendicion Gansewoort contestó que se defenderia hasta el último estremo.

El general Herkimer tuvo noticia de que Saint Leger se acercaba al fuerte, y como era jefe de la milicia del condado de Tryon, reunió unos setecientos hombres y se puso en marcha para auxiliar á sus compañeros, cuidando antes de enviar un mensajero que tuvo la fortuna de penetrar en el fuerte, y anunció que Herkimer se hallaba solo á ocho millas de distancia é iba á forzar el paso para reunirse con la guarnicion. En vista de esto, Gansewoort resolvió por su parte coad-

juvar al plan y dispuso al efecto que el coronel Willet hiciera una salida á la cabeza de doscientos hombres.

Habiendo llegado á noticia de Saint Leger que se acercaba Herkimer, mandó á los indios que se emboscaran cerca de Oriskani, en un punto por donde debia pasar el enemigo. Herkimer cayó en el lazo; cuando menos pensaba en la presencia de los indios oyó resonar una nutrida descarga y despues el grito de guerra de los salvajes, que cayeron sobre la milicia con la velocidad del rayo. Aunque desconcertados al pronto por lo imprevisto del ataque, los americanos se defendieron con valor, si bien se siguió una escena de confusion y espantosa carnicería. Las tropas reales y la milicia se aproximaron tanto que no pudiendo disparar sus armas, recurrieron á los cuchillos y puñales. Algunos de los americanos huyeron al primer ataque; otros escaparon despues, y mas de ciento se situaron en una eminencia donde se defendieron valerosamente hasta que habiendo hecho una salida la guarnicion del fuerte, viéronse obligados los ingleses á defenderse en vez de atacar. Al hacer su salida el coronel Willet mató mucha gente al enemigo, apoderóse de sus provisiones y se volvió al fuerte sin perder un solo hombre. En aquella accion murieron cuatrocientos americanos y entre ellos el bravo general Herkimer. Saint Leger, imitando el estilo pomposo de Burgoyne, intimó de nuevo al fuerte que se rindiera, pero el coronel Gansewoort se negó rotundamente á ello.

El coronel Willet acompañado del teniente Stockwell atravesó entonces el campamento británico, evitando cuidadosamente el encuentro con las patrullas y los indios, y ambos recorrieron luego cincuenta millas cruzando á través de espesos bosques y peligrosos barrancos para ir á informar al